

Gente evaporada

Escribe Carlos León Ximénez

No suele ser frecuente en nuestro medio el que un proceso artístico-plástico personal desemboque en la acción pública y remita de modo directo al proceso social. La trayectoria reciente de Eduardo Villanes ha logrado aproximar estos contrarios aparentes.

Situaciones concretas marcan la continuidad de cosas que parecen concluidas. En el arte, los procesos pueden continuar por vías que a veces son sorprendidas, y ya se sabe que la obra tiene que ser evaluada en su proceso: cada parte tiene una individualidad, pero es recién cuando están juntas que se puede tener una perspectiva más cabal de su pertinencia. Estas ideas son motivadas por lo ocurrido con Eduardo Villanes.

PRIMERA CON SEGUNDA

Dada la Ley de Amnistía a los militares inculpados como responsables de la matanza y desaparición de los universitarios de La Cantuta, en la madrugada del sábado 17 de junio aparece en el muro Oeste de la Vía Expresa, entre los puentes Bausate y Meza y 28 de julio, la inscripción "evaporados", hecha con cartones de leche Gloria y como grafiti-collage.

El viernes 23 la acción continúa con una performance, iniciada en la Plaza Francia a las cinco de la tarde, en la que un núcleo de participantes de la marcha hacia el Congreso desfiló portando una caja de leche en la cabeza. La marcha terminó en una aglomeración general en la plaza Bolívar, durante la cual las cajas fueron arrojadas por encima del cordón policial.

Los policías patearon las cajas, acercándolas más hacia el edificio del Congreso. El resultado fue una agrupación de las cajas de modo similar a la forma como los militares devolvieron los restos calcinados de los estudiantes cantuteños.

Aquí la obra pierde su condición de fría reflexión encerrada en una galería y gana la calle, logrando involucrar a gente que ve en ella una manifestación de solidaridad, algo siempre válido en un tiempo de individualismos exasperados y cuando por medio del miedo se nos quiere negar nuestro derecho a la protesta.

La aprobación de una ley que perdona a los autores de la masacre de La Cantuta y pretende "evaporar" de la memoria colectiva no sólo a estos responsables sino también a los de muchos excesos cometidos en 15 años de conflicto inter-

no es otra forma de arbitrario uso del poder.

Pero aquí lo que subrayamos es el silencio que ha mantenido el arte en torno a estos temas, que dice más que demasiado, cuando el intimismo se perfila como la sensibilidad de estos tiempos neoconservadores y supuestamente desideologizados.

Por eso es bueno recordar que una de las pocas actitudes concretas la tuvo el Grupo Iniciativa, con una colectiva de convocatoria abierta: "Desaparecidos, en defensa de la vida y de la cultura", realizada en el Convento de San Francisco en noviembre del año pasado con el apoyo

de intelectuales y artistas (Gustavo Gutiérrez, Víctor Delfín, César Rodríguez Rabanal, entre otros).

OBRA EN PROCESO

La propuesta deja de pertenecerle a Eduardo Villanes, quien se vuelve sólo un detonador (o denotador), porque estamos abordando esta obra como una unidad coherente en su proceso.

Villanes esboza ya en su primera individual (ICPNA-Lima, agosto de 1993), en los cuadros de la serie "Indicios", una reflexión en torno a los restos humanos hallados en las fosas de Cieneguilla. La exposición de finales de octubre de 1994 en



La marcha de protesta y las cajas como testimonio colectivo de recuerdo a los desaparecidos.

la Ciudad Universitaria de San Marcos, que tituló "Gloria evaporada" (hay comentario de ella en "Culturas" del 13/11/94) ya aborda íntegramente el tema, con la caja como protagonista y el autorretrato del artista como la mirada del testigo, la mirada del yo-frente-a-los-hechos.

Villanes tiene en estas exposiciones un planteamiento minimalista y conceptual, que es el vertebrador de este proceso.

Esta vez las intervenciones urbanas (mural y performance) corresponden más a una actualización: la propuesta recorre la ciudad, quiere llegar masivamente y comparte los momentos de protesta para incidir desde otro ángulo.

Entonces la crítica sólo puede reflexionar uniendo todos los eventos y evaluando las huellas, participante a su modo dado el carácter efímero de lo mostrado, que implica el seguimiento de un trabajo más gestual y corporal, menos objetualista y hasta anónimo, pleno de conceptualismo.

Convocar a más gente, y que ésta haga suyo el planteamiento colocándose una caja, significa que los participantes hacen suyos a los desaparecidos y los muertos. En la plaza Bolívar los policías también han tenido una participación que los involucra: al patear las cajas hacia el Congreso refuerzan la idea de mantener viva la memoria en el recinto donde los parlamentarios han promulgado el olvido. Es una acción plástica colectiva donde las cajas vacías hablan solas de los crímenes que vuelven a quedar pendientes de justicia.

Villanes no sospechó que su acercamiento plástico a un suceso como el de los desaparecidos lo llevara en estos dos últimos años a replantear su trabajo de artista y los costos que le supondría -por los requerimientos mismos de su obra- una paulatina síntesis del discurso hasta su casi negación del objeto.

Hay, además, el paso de la obra personal al planteamiento que es abordado colectivamente: el grupo lo hace suyo, se desvanece la propiedad individual de la obra, y en el contexto planteado -la marcha de la sociedad civil contra la impunidad- cobra un mayor tinte social. También, cualquier sospecha de intenciones panfletarias queda así fuera de lugar.